

Velasco Ibarra en el recuerdo:

Entrevista a Eugenio Raúl Zaffaroni (parte I)

Por María Devanna, periodista argentina

El Telégrafo, CartoNPiedra, # 283, 2 de abril de 2017, pp. 88 – 94

Eugenio Raúl Zaffaroni, profesor emérito de la Universidad de Buenos Aires, ex ministro de la Corte Suprema argentina y actual Juez de la Corte Interamericana de Derechos Humanos, es un hombre tranquilo, de hablar pausado, y sólido en sus definiciones. Apasionado de la historia de América Latina, centenares de libros sobre este tema ocupan las paredes de la biblioteca de su casona, ubicada en un barrio tranquilo de Buenos Aires, en la que vive cuando su agenda apretada se lo permite. Fue en esa biblioteca donde recordé a José María Velasco Ibarra junto a Raúl Vallejo, quien se encontraba preparando una novela histórica sobre ese personaje. Y fue ahí también donde concedió esta entrevista sobre el cinco veces presidente del Ecuador.

Usted aparece en una novela histórica sobre Velasco Ibarra: *El perpetuo exiliado*, de Raúl Vallejo. ¿La ha leído?

Sí, la leí por Velasco y, cuando llegaba al final, me descubrí como personaje, aunque de refilón y como licencia literaria. Es una sensación rara, por cierto.

Eso que llama “licencia literaria”, ¿tiene un asidero real? ¿Conocía a Velasco Ibarra?

Por supuesto. Conocí al Dr. Velasco Ibarra aquí, en Buenos Aires, en 1962, cuando terminaba en la universidad mi carrera de abogado. Un compañero de estudios me invitó a visitarlo un sábado por la tarde en su departamento de la calle Sánchez de Bustamante, y lo seguí frecuentando hasta su partida definitiva de la Argentina. Desde ese día Velasco me tomó aprecio, me invitaba a los almuerzos y cenas, a veces los sábados, a veces los domingos, con su grupo de amigos y me incorporó a ellos.

Pero usted era muy joven ¿no?

Tenía 22 o 23 años, en el grupo era algo así como el más chico, podía haber sido su nieto, claro, pero esto requiere una explicación, porque creo que los ecuatorianos saben poco de la vida de Velasco Ibarra en Buenos Aires. Velasco tenía un grupo estable de amigos, a los que estimaba mucho, era un hombre cordial, su severidad era a veces más bien timidez, aunque parezca mentira. Ese grupo siempre era estable, digamos, pero uno podía llegar a ese almuerzo o cena semanal y encontrarse con alguien nuevo y hasta entonces desconocido, porque de repente Velasco conocía a alguien y lo invitaba, creo que a veces a personas que conocía ocasionalmente, que lo habían tratado bien en algún trámite, en fin. Pero el grupo estable se mantenía, pese a los ocasionales invitados.

¿Y quiénes eran los de ese grupo estable?

Le pido perdón, porque la memoria puede fallarme y olvidar nombres, han pasado muchos años y demasiadas cosas por la cabeza de uno. Pero sí, recuerdo los que mi memoria conserva y con quienes la amistad con Velasco era antigua y sostenida, pero hay otros que tengo el recuerdo de la figura, pero se me han borrado nombres.

¿Por ejemplo?

Era frecuente un abogado de La Plata, el Dr. Sislam Rodríguez, que había sido el secretario de la Revista del Instituto de Identificación en los años treinta, asistente de un profesor húngaro que vino a enseñar a La Plata. Sislam venía con su esposa, Manuelita, que

era un personaje. Manuelita falleció y Sislam se casó con la mejor amiga de su mujer, Ofelia, creo que se llamaba, una mujer sumamente inteligente, escritora. Sislam murió centenario creo.

Beatriz Ochotorena, mujer inteligente y vivaz, que lo había conocido en una conferencia antes del cuarto velasquismo, y que siempre estaba presente, hace tiempo que no la veo, pero en alguna ocasión recordamos muchas anécdotas de esos años. El Dr. Rodolfo Argañaraz Alcorta, que fue presidente del Instituto Sanmartiniano y alguna vez ministro en Santiago del Estero, al que Velasco le dispensaba mucha confianza y que en ocasiones le confiaba sus asuntos, cuestiones privadas casi de supervivencia. Bueno, Violeta Cané, una profesora de francés que vivía en La Plata, sumamente simpática, trabajaba como administrativa de jerarquía en la policía de la Provincia y había estado casada con un Dr. Raúl Touseda, a quien no conocí, pero que supe que luego fue el pionero de la vida universitaria en Neuquén. A veces venía Lucio Moreno Quintana, el internacionalista y su esposa. ¡Ah! Sí, inolvidable era don Juan Zocchi, que había sido director del Museo Nacional de Bellas Artes más de una década, hasta 1955, y su esposa, Anita, una señora delgada, suiza, con su acento encantador. Zocchi era un extraordinario crítico de arte, con muchos libros publicados. La Dra. Teresa Estévez Brasa, profesora de derecho de familia, que fue jueza de la Cámara Civil de la Capital. ¿Quién más? ¡Salvador Ferla! A quien Velasco admiraba por su valor al publicar su libro sobre los fusilamientos de 1956. Un personaje, interesantísimo, tenía una librería y escribía mientras la atendía. Gran persona, un intelectual autodidacta, revisionista de nuestra historia. Hay otros nombres que se me pierden en la memoria, un señor Alberto Giménez, vinculado a la aviación creo, una profesora, Olga Delgado. El señor Moisés Waldfisch y la señora, un matrimonio sumamente agradable, muy simpático, Waldfisch era un socialista funcionario de la vieja cooperativa “El Hogar Obrero”.

Estoy seguro que se me escapan nombres, a ver, aquí, en esta carpeta de recortes y folletos de discursos de Velasco, encontré el aviso fúnebre de los amigos que publicamos en un diario local el 1º de abril de 1979, están los nombres que se me estaban escapando de la memoria, además de los nombrados, Tibor Garamvolgyl, J. Rodríguez Lazo, Ricardo Gómez Gereda, Daniel de Hoop. Recuerdo que a veces venía don Roberto Pettinato, el penitenciario, y también me solía acompañar un amigo, colega y compañero de muchos años, Arnoldo Giménez.

Ahora sí, creo que recordé por lo menos los nombres de casi todos, me ayudaron los papelitos viejos. Como puede ver, el grupo era heterogéneo, por cierto. Velasco nos reunía y hablábamos sobre política mundial, pero sobre todo argentina, poco de la ecuatoriana. Pensábamos a veces de modo diferente, había peronistas y gorilas, claro, pero la presencia de Velasco imponía respeto, siempre de traje y chaleco, por supuesto, en la cabecera de la mesa, creo que se divertía viendo como manejábamos los argumentos con los límites y delicadeza que imponía su figura.

¿Esos almuerzos o cenas eran lujosos, con camareros y esas cosas?

No, nada de eso. Eran distinguidos diría, pero no lujosos. Había, por supuesto, una empleada que servía la mesa, obvio, pero nada más. Los platos eran sencillos, no había ningún lujo. Primero nos reuníamos en un pequeño recibidor, para el aperitivo. Velasco vivía en un departamento pequeño, de dos ambientes y recibidor. Luego pasábamos al comedor y al final volvíamos al recibidor para un *cognac* o un licor de menta. Durante la comida, cuando había que levantar los platos, doña Corina llamaba a la empleada con un timbre en el piso, disimulado debajo de la alfombra. Un día habían corrido la mesa y yo apoyaba el pie y tocaba el timbre, pues en verdad ni siquiera sabía de su existencia.

¿En Bulnes y Santa Fe?

Eso fue cuando volvió luego del quinto velasquismo y hasta que se marchó, pero antes, en el exilio anterior, después del cuarto velasquismo, vivía en la calle Sánchez de Bustamante, en un departamento de doña Corina, que vendieron con la idea de depositar el dinero y gozar de los intereses. En la guía telefónica de la época estaba su número de teléfono y su dirección. No tengo bien claro lo que pasó, no sé si hubo algún problema con la escribanía o algo así, pero lo cierto es que esto y la inflación se llevaron el capital. Velasco era pobre, realmente pobre. Cuando se fue de la Argentina me dejó un poder que transferí, porque en ese momento era juez, y no hubo sucesión, porque sencillamente no había bienes. Velasco vivía de su pensión de ex-presidente, incluso rechazó el aumento dispuesto por el régimen militar que lo había derrocado, ese aumento lo donaba creo que a un orfanato. A veces veíamos que la calidad del vino bajaba, disimuladamente lo verificábamos debajo de la tela con que se envolvía la botella y en nuestro paladar, y me permitía mandar de regalo alguna caja de vino o de champagne.

Cuando lo conocí en el primer departamento, la empleada era ecuatoriana, allí por vez primera conocí el ceviche de pescado. Fue el plato más original de esas comidas, luego ya eran las usuales entre nosotros y las empleadas cambiaban. Incluso no sé si alguna no habrá sido provista por un servicio de informaciones —nuestro o ecuatoriano—, porque incluso hubo una que le hurtó un par de alhajas a doña Corina y desapareció. No eran alhajas de mucho valor, pero para las condiciones económicas del matrimonio era una pérdida. El Doctor no quiso hacer ninguna denuncia, porque seguramente la hubiesen explotado en Ecuador, diciendo que le había robado diamantes valiosísimos y, en verdad, no pasaban de unos 50 o 60 gramos de oro. A veces las empleadas eran problemáticas, a veces no conseguían. En una ocasión creo que improvisaron a último momento y Velasco quiso colaborar abriendo una lata y, naturalmente, se tajeó un dedo.

¿Qué opinaba Velasco de la dictadura argentina?

Velasco no tenía ninguna simpatía por Isabel Perón, por cierto, razón no le faltaba, eran los tiempos de López Rega y su gente, la prensa se ensañó inventando historias de corrupción, que como siempre eran falsas, a Velasco le irritaba todo lo que sonase a corrupción, pero no por eso tuvo simpatía por la dictadura y menos aún a medida que se iba haciendo manifiesta la violencia asesina de ese régimen. A veces, en privado, valoraba positivamente a los llamados “subversivos” y muy por lo bajo decía que estaban salvando la dignidad de los argentinos, aunque, como todos sabemos, no era un hombre de violencia ni mucho menos. Alguna vez me contó que había ido a verlo un francés de Argelia para ofrecerle sus servicios y los de su gente para la vuelta al Ecuador, y que cortésmente lo despidió bastante asustado.

En cuanto a la dictadura argentina, hubo un episodio del momento de su despedida que no lo podré olvidar nunca: estábamos en el aeropuerto, nos habían hecho pasar al salón diplomático o VIP y, en un momento decidí salir, porque no quería despedirme, era muy triste la situación, argumenté que iba a comprar cigarrillos y salí y, en efecto, me paré en el puesto de venta de tabaco, más que para demorarme que para comprar. Salió del salón VIP el señor Alberto Giménez, que mencioné hace un momento y me dijo que el Doctor preguntaba por mí. Volví y Velasco me sentó a su lado: “Véngase mi Doctor, tome asiento”. Quedé en una posición curiosa: Velasco en medio de mí y del edecán que había mandado el dictador Videla, que me dio la mano. Se aproximaron dos periodistas de un medio nuestro y uno de ellos le preguntó si volvería a hacer política, y Velasco respondió esa famosa frase que insólitamente cumplió al pie de la letra: “Vengo a meditar y a morir”. El periodista se quedó sin palabras y le preguntó si quería decir algo antes de partir, y Velasco, que estaba abatido y parecía un verdadero cóndor agonizante, recuperó la fuerza, el gesto ampuloso con que aparece ahora en el inmenso monumento de Quito, el dedo señero, y le respondió: “Sí señor, quiero dejar

expreso mi agradecimiento al Pueblo argentino” y repitió ahora alzando la voz fuerte y un tanto cavernosa del que sabía que si le daban un balcón volvía a ser presidente: “Al Pueblo Argentino”. El edecán del dictador mudo, por supuesto. Y volvió a ser el cóndor herido. Un funcionario de Ecuatoriana se acercó ceremonioso y gentil: “La aeronave está lista para partir Doctor, cuando usted guste puede abordar”. Nos abrazó a cada uno de nosotros, se puso su orión y esa fue la última visión que tengo de los diez y siete años que lo frecuenté.

¿Velasco frecuentaba la casa de sus amigos?

No era su costumbre, pero sin duda a veces había invitaciones. A mi casa paterna en Flores y a la de mi abuela en Caballito vino con doña Corina un par de veces a cenar. Era hombre sumamente atento, cualquier cosa que nos sucedía estaba presente. No me olvidaré nunca de su presencia en casa a las pocas horas del fallecimiento de mi padre en 1964, junto a doña Corina, trayendo un par de orquídeas, al día siguiente Velasco estaba en el sepelio. Se interesaba por la salud de cualquier familiar nuestro enfermo. Llamaba por teléfono personalmente, él o doña Corina. Los almuerzos o cenas los convocaba personalmente por teléfono.

Aunque no frecuentase nuestras casas a menudo, todos nuestros familiares y amigos sabían de su existencia y de la importancia que le dábamos en nuestra vida cotidiana. Velasco era tema de conversación en nuestras familias, lo veíamos si no todos los fines de semana, por lo menos cada dos semanas. Era una presencia familiar en nuestras vidas, sin duda. Para mí, que lo conocí siendo casi un chico, hablar con semejante figura era algo increíble y en la mesa familiar y en los grupos de amigos de cada uno estaba presente en las conversaciones.

¿Velasco los tuteaba?

No, Velasco era siempre el “señor Presidente”, nunca perdía las formas; además, eran años en que el tuteo no era tan frecuente como ahora. Creo que sólo lo escuché tutear a su hermana y hermano, a su cuñado y a los sobrinos. Las formas eran importantes, quizá, ahora que lo pienso con los años, como una manera de esconder un poco su timidez natural. El Velasco de la tribuna no quería dejar de ser el de la vida cotidiana, porque quizá le hubiese sonado falso el primero, necesitaba mantener la distancia de la forma. Alguna vez me contó algo que me dejó pensando sobre la importancia que le asignaba a la formalidad: me relató que siendo estudiante pasó por Quito el mexicano José Vasconcelos y asistió a sus conferencias, y luego, con unos compañeros, lo fueron a entrevistar en su hotel. Contaba que Vasconcelos los recibió en mangas de camisa y con el chaleco desabotonado y que eso le cayó muy mal, que el personaje se le derrumbó. Extraño, por cierto, pero revelador, ese del hotel no era el Vasconcelos de la conferencia, el que hablaba del “hombre cósmico”, claro, y Velasco temía dejar de ser el de la tribuna, ni siquiera con nosotros quería dejar de serlo del todo. Era tímido, sí, aunque los ecuatorianos no lo crean.

En el mismo sentido, uno de los amigos del grupo una vez le preguntó si cuando estuvo estudiando en París había conocido a alguien que no recuerdo bien, un filósofo de aquellos años, y le respondió que había asistido a muchas de sus clases, pero que no lo había frecuentado, por temor a que se le destruyese la figura del filósofo, a que le sucediese lo mismo que con Vasconcelos. ¿Se da cuenta? Valoraba la persona construida públicamente, la valoraba mucho, le exigía autenticidad. Parece extraño, pero ahora, que camino por la edad que él tenía cuando lo conocí, caigo en la cuenta de su temor a que alguien se percatase de su timidez o creyese que en la tribuna actuaba.

¿Velasco enseñó en Buenos Aires?

En Buenos Aires no, enseñó en la Universidad Nacional de La Plata, pero eso fue en los tempranos años cincuenta, creo que fue la única entrevista que tuvo con Perón, que lo

recibió y lo recomendó a las autoridades de la universidad, que le encargaron las clases de historia del derecho político o constitucional argentino. Contaba que se puso a estudiar y leyó la historia de Mitre y no entendía nada, al punto que había pensado en renunciar, cuando alguien le aconsejó que leyese la historia argentina de Saldías, y allí comenzó a comprender nuestra historia nacional. Por supuesto, no lo conocí en esos años, lo único que sé es lo que me relató. Siempre le gustó nuestra historia, y las conversaciones con Ferla en la mesa eran una delicia.

Pero, Velasco no vivía exactamente como pobre en la Argentina. ¿Cómo era su vida cotidiana?

No, claro, no era un pobre de solemnidad, vivía como una persona de nuestra clase media “media”, al día con su pensión, que en los tiempos de la dictadura, con el dólar baratísimo, se depreciaba mucho. Viajaba en subterráneo, casi todas las tardes tomaba nuestro “subte”, caminaba por la calle Florida, se metía en la librería “El Ateneo”, donde los empleados lo conocían, le dejaban un escritorio para que viese libros. Alguna vez, para su cumpleaños, decidimos regalarle un vale para libros de esa librería, que lo valoró muchísimo. Nos imaginamos las veces que habrá querido comprar algún libro y al ver el precio se habrá contenido.

Creo que ustedes tendrían que ponerse en contacto con el Dr. Argañaraz Alcorta, que tiene unas cartas de Velasco sobre cuestiones de dinero, como la venta de las condecoraciones para vivir, la inversión del precio del departamentito de la calle Sánchez de Bustamante, cómo se las arreglaba para pagar el alquiler del de la calle Bulnes, la simpatía con el dueño de la propiedad y con su yerno, un señor Velasco que justamente Vallejo cita en su novela, en fin, son cartas que merecen ser conocidas por los ecuatorianos, donde un hombre cinco veces presidente deja patente sus penurias económicas. Son una verdadera lección de ética, en particular en tiempos como los actuales, donde la política parece estar reemplazada por conveniencias patrimoniales y en un mundo en que el 1% de la humanidad acapara casi la mitad de la riqueza total del planeta.

Recuerdo que una vez sus ministros habían decidido hacerle un regalo. En ese momento estaba en Quito un antiguo diplomático venezolano, historiador, el Dr. Leonardo Altuve Carrillo, y ante la duda sobre qué obsequiarle, Altuve los convenció de que le regalasen un tapado de piel a doña Corina. Este amigo de Velasco e interesantísimo personaje, me confesó que lo había aconsejado pensando que podrían venderlo cuando volviesen a hallarse en dificultades económicas. Doña Corina le mostró el tapado y Velasco le dijo: “Corita, jamás podría yo haberte comprado esto”. Recuerdo que acompañé a doña Corina al teatro Sucre y ella llevó el tapado. No conozco de pieles, era hermoso, bien peludo recuerdo. Y, en efecto, cuando vinieron a Buenos Aires, después del quinto y último velasquismo, vendieron el tapado, Altuve Carrillo tenía toda la razón.

El único lujo de Velasco era ir con Corina al cine, a veces al teatro, asistir a conferencias. Pocas a cenar a un restaurante. Y su biblioteca y estos almuerzos y cenas semanales con nosotros. Sus paseos por Florida y “El Ateneo”. Esa era su vida aquí.

¿Y la gente lo reconocía por la calle?

Por supuesto, hay anécdotas interesantes. En 1973, en plena euforia con la elección de Cámpora, un par de adolescentes sentados frente a él en el “subte” lo reconocieron, hablaron con él, y en un momento, uno de ellos preguntó alguna tontería y el otro le explicó: “No, él es como Perón, lo echaron por eso”. Le aclaro que en el “subte” le cedía el asiento a las mujeres y esas cosas, que aquí ya se estaban perdiendo del todo. A veces viajaba en taxi, los taxistas no le querían cobrar.

Beatriz Ochotorena contó que una vez salían de una conferencia y tomaron un taxi y, cuando llegaron a destino, el taxista le pidió un autógrafo y como no encontraban un papel, le extendió un billete de cinco pesos para que se lo dedicase, Velasco le dijo que lo perjudicaba, porque ese billete no lo podría usar, pero el hombre le respondió que con su firma asumía un valor incalculable.

Hay una anécdota genial: la mujer de los gatos. Velasco terminaba sus caminatas por Florida en la Plaza San Martín, y una tarde una mujer muy pobre, casi mendiga, sentada en un banco, lo saludó: “Buenas tardes excelencia”. Velasco se impresionó y se sentó junto a la mujer, comenzaron a charlar, ella daba comida a los gatos, y como uno de los gatos se trepó a una rama de árbol, Velasco se movió como para intentar bajarlo, pero la mujer lo detuvo: “No excelencia, baja solo, no hay que asustarlo”. Y se quedaron charlando. Después Velasco comentaba que esa mujer era una filósofa, y todos sabíamos que hablaba con la mujer de los gatos de la Plaza San Martín.

¿Cree usted que Velasco era un intelectual?

Depende de lo que consideremos un intelectual. Es claro que Velasco no era un académico ni había dedicado su vida a eso, pero necesitaba leer, meditar, sobre todo filosofía, historia y política, y poner sus ideas en orden, lo que hacía por escrito. Sus obras completas muestran eso y también los autores que frecuentaba. En los últimos años estaba muy impresionado con el pensamiento de Pierre Teilhard de Chardin, pero no era el único, era un hombre informado y actualizado. Poco tiempo después de conocerlo publiqué en la revista de la Universidad Nacional del Litoral un comentario sobre su libro *Caos político en el mundo contemporáneo*, que le gustó al punto de que cita ese comentario en solapa de *Servidumbre y liberación*, publicado también en Buenos Aires en 1965. Las reflexiones de su fiel y admirable secretario y sobrino, Jaime Acosta Espinosa, en la presentación de los escritos póstumos con el título de *Filosofía negativa y mística creadora* no nos presentan a un improvisado ni mucho menos, sino a un pensador. Si la vida hubiese llevado a Velasco a una existencia académica y no política de liderazgo, seguramente hubiese brillado muy alto, no lo dudo.

Hay muchas personas que critican a Velasco por sus errores y por ser un populista. ¿Qué piensa usted de eso?

Puedo responderle como latinoamericano, pero no como ecuatoriano. No me cabe duda que quien fue presidente cinco veces debió cometer errores, pues de no haberlo hecho sería un ser sobrehumano. La magnitud de esos errores compete a los ecuatorianos y al juicio histórico. En cuanto a lo de “populista”, sí, fue un populista, ninguna duda me cabe, pero por lo menos para mí eso no es ningún demérito, sino todo lo contrario. Hace algunos meses dijo el Papa en una entrevista con *El País* de España que no entendía cuando los europeos denigraban al populismo, hasta que se dio cuenta de que hablaban de diferentes cosas.

En efecto, en Europa “populista” es la traducción usual de *völkisch*, que significa algo así como “populacherismo”, o sea, la técnica política detestable con la que un político se monta sobre los peores prejuicios de una sociedad, los profundiza y los lleva al máximo, para ganar elecciones. Hitler fue un maestro en eso, aunque no el único. Pero en Latinoamérica no es lo mismo, y eso lo ratifican incluso historiadores europeos como Hobsbawm. Los “populismos” latinoamericanos fueron movimientos populares de defensa de soberanía frente al colonialismo y a nuestras oligarquías vernáculas proconsulares de intereses foráneos. Fueron policlasistas, porque no podían ser de otro modo, dado que siempre fueron movimientos independentistas, fueron personalistas porque la síntesis de encontrados intereses por necesidad la tenía que hacer un líder, fueron ideológicamente contradictorios, es cierto, algunos fueron incluso autoritarios, es verdad, pero, no lo olvide, ampliaron las bases

de nuestra ciudadanía real. Sin los populismos, sin los Velasco Ibarra, o Perón, o Vargas, o Yrigoyen, o Lázaro Cárdenas, o Haya de la Torre, estaríamos en los tiempos de las repúblicas oligárquicas y, no sé si usted o yo sabríamos leer y escribir o, incluso, si estaríamos vivos.

No se olvide que todos los defectos de nuestros “populismos” e incluso el eventual autoritarismo de algunos, empalidecen hasta el mínimo frente a los crímenes de dictaduras asesinas y hasta genocidas, cometidos precisamente para detener y desbaratar a los “populismos”. ¿Qué violencia “populista” se compara lejanísimamente al bombardeo a la Plaza de Mayo, al fusilamiento de 1956, a derogar una Constitución por bando militar, a hacer desaparecer a 30.000 personas? Para nosotros, en nuestra región, “populismo” es el antónimo de “antipopular”, es soberanía frente a dominación. No hay por qué negar los defectos que todos tuvieron, pero no por eso olvidarnos que estamos aquí gracias a ellos y que sus enemigos “serios” fueron los peores asesinos de nuestra historia.

Volvamos un poco a Velasco. Vallejo trabaja su novela sobre la base de su relación con la señora. Usted los conoció a ambos. ¿La novela refleja algo real o también es también una licencia literaria?

No, no hay en eso ninguna licencia literaria. Vallejo toma eso como eje, podía haber tomado otro eje, pero lo que dice, al menos por lo que a mí me consta, es verdad.

Doña Corina era el complemento indispensable de Velasco. Cuando fui legislador de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires propuse que se pusiese el nombre de Velasco a una plaza que está ubicada en la intersección de las avenidas Independencia y Jujuy. Al hablar en el acto en que se imponía el nombre de Velasco Ibarra a la plaza, recuerdo que dije que en realidad, esa plaza merecía llamarse “José María Velasco Ibarra y Corina Parral Durán de Velasco Ibarra”.

Sí, lo de la novela de Vallejo es sustancialmente cierto, las licencias literarias son sólo los diálogos e intimidades, que ninguno de ambos reveló jamás y que, obviamente, quedan libradas a la imaginación.